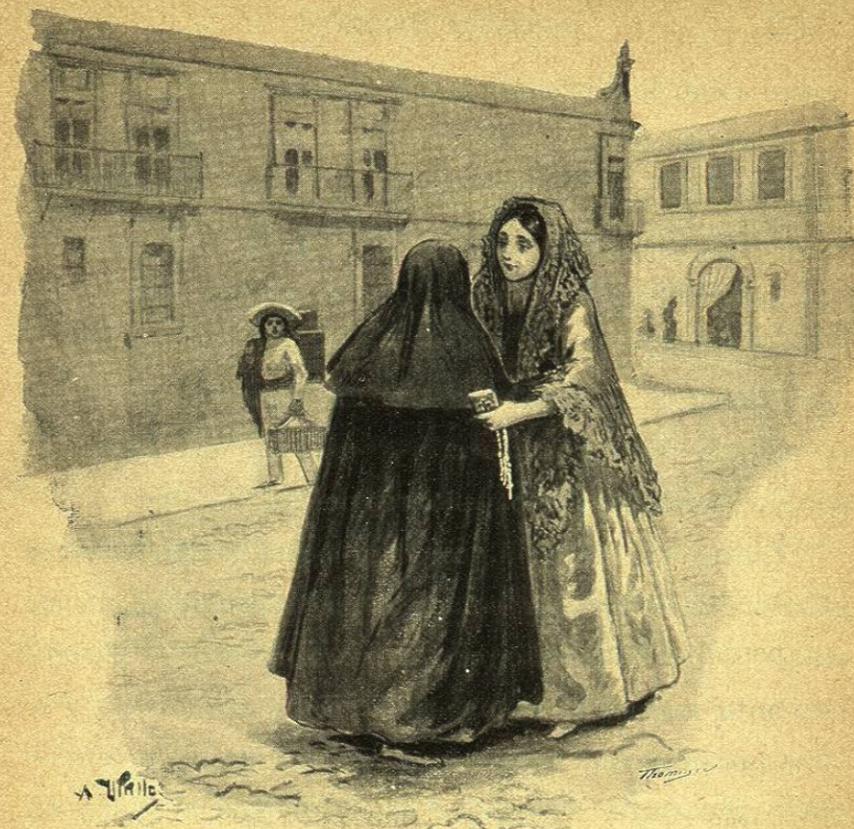


estas cosas, se marchó la necia beata, y nosotros no dejamos de quedar con algún cuidado, que no se nos quitó hasta la tarde, como verá el lector en el capítulo que sigue.



CAPÍTULO XXVII

En el que sigue la disputa que el coronel tuvo con la beata

Muchas veces una casualidad origina una desgracia, y otras evita una desazón. Esto último aconteció entre el coronel y doña María. Iba ésta firmemente resuelta á acusarlo, cuando la encontró Carlota, le preguntó por él y su familia, y la beata, después de referirle lo acaecido,

le dijo cómo iba determinada á delatar á todos. Carlota era muy prudente, y así dijo que la intención era muy buena; pero la hora muy incómoda, pues era mediodía, y los señores estarían en sus casas, y tal vez comiendo; que sería mejor ir á casa de doña Eufrosina, comer allá, dormir siesta, y á las cuatro y media ó á las cinco de la tarde pasar al tribunal á delatarlos. Con esto se serenó la vieja, y ambas se fueron á casa de don Dionisio, porque Carlota no quiso separarse de ella.

Luego que llegaron, contó la beata cuanto le había pasado con el coronel, añadiendo é interpretando á su antojo lo que le pareció, con lo que sorprendió á Eufrosina y su marido, á Pomposa, al padre don Jaime y á otras personas que asistieron á su informe, y se admiraban con razón, como que conocían bien el fondo de talento y religión del coronel; pero no se atrevían á contradecir á la vieja, pues ella juraba que así era según lo refería.

Carlota, cuidadosa de la suerte de Matilde, no quiso despedirse, sino que envió á llamar á su marido el caballero Jacobo, á quien hizo sabedor de la desgracia que amenazaba á su amigo Linarte.

Sin embargo del general cuidado, pusieron la mesa, comieron y se recogieron para pasar la siesta. Todos estaban apesadumbrados; pero serenos respecto de sí mismos, menos la beata, que ni durmió, y ya no veía la

hora de que dieran las cuatro, para cumplir con las obligaciones de cristiana, según decía.

Doña Eufrosina á las tres envió el coche á su cuñado, mandándole decir que fuera luego luego, que le importaba mucho, porque allá estaba la tía doña María.

El coronel recibió el recado con aquella serenidad que inspira la inocencia, y sin apresurarse, se levantó de su sofá, tomó chocolate, hizo que lo tomaran Matilde y Pudenciana, que estaban con hartó susto, y así que concluyó dos cartas que tenía que enviar á la estafeta, mandó que se vistieran las señoras; tuvo cuidado de que se previniese lo perteneciente á la casa, y cuando ya estaba todo organizado, cerró las puertas principales, tomamos el coche y nos fuímos para la casa de su cuñada.

Cuando llegamos la hallamos toda alborotada, porque ya habían dado las cuatro; la beata porfiaba por ir á su negocio, y todos rodeados de ella se lo impedían.

Luego que vió al coronel y á su familia, cerró los ojos, se tapó las orejas, y con unos gestos de energúmena decía:

—¡Déjenme salir de aquí; yo no quiero conversar con herejotes; los aborrezco, los detesto, los abomino! Si éstos fueran mi padre y mi madre haría lo mismo que voy á hacer. Sí, sí; primero es Dios y su santa fe que todo el mundo.

Sin embargo de que los visajes de la beata tonta

excitaban la risa de los circunstantes, no dejaban de esperar malos resultados los amigos y deudos del coronel y su familia, mucho más cuando notaban que la denunciante no desistía de su intento.

La sensible Matilde y amorosa Pudenciana padecían más que todos en aquella ridícula escena, y con lágrimas en los ojos procuraban aplacar á su tía; pero en vano. Ésta más se irritaba al oirlas hablar, y creyendo que aquel llanto era efecto del temor del merecido castigo por su culpa, se empeñaba más en salirse con la suya.

El coronel instaba que la dejaran ir donde quisiera, que no tuviesen cuidado, que él se defendería, que aquello no era nada; mas sus razones no calmaban el sentimiento de los suyos ni el temor de sus amigos; y así, más por serenarlos á todos que por otra cosa, determinó sosegar á la tía María, lo que consiguió de esta manera:

—Déjenla, señores, decía en voz alta, déjenla, que vaya donde quiera. Yo también tengo que acusarla, y los dos quedaremos en la cárcel; yo por hereje, y ella por gentil. —¿Yo por gentil?— preguntaba la beata muy apurada. —Sí, señora, por gentil ó gentila, como usted quiera. Hereje es el que niega alguno de los misterios de la fe que profesó en el bautismo, y gentil es el que carece en lo absoluto de esta fe ó conocimiento sobrenatural. —¿Pues qué, yo no tengo fe?— No, ni sabe usted qué cosa es fe. —¿Cómo no? *La fe es un conocimiento sobrenatural,*

con que sin ver creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos enseña...— Es así que usted no cree lo que Dios dice, ni lo que le ha enseñado la Iglesia, luego no tiene fe; y si no tiene fe, es gentil...—Descomulgadote, ¿quién asegura que yo no creo lo que me enseña la Iglesia?...

—Yo lo digo, y se lo voy á probar á usted en sus bigotes; y si no lo probare bien, á juicio de estos señores cristianos que nos oyen, desde ahora para entonces y desde entonces para ahora, me obligo en toda forma con mis bienes habidos y por haber, á que refresquemos todos de mi cuenta esta noche: item más, á darle á usted treinta pesos para un hábito nuevo de cristal, y á que mi mujer y mi hija le hagan unas tocas nuevas. Vamos á argüir; sentémonos.

El estilo festivo del coronel calificó su inocencia, é hizo reír á todos, hasta á la beata, que segura en que no le podían probar que era gentil, concibió la lisonjera esperanza de afianzar los treinta pesos prometidos; y así, sentándose en compañía de los demás, escuchó al coronel, que se explicó de esta manera:

—Ya ustedes, señores, habrán advertido que la tía doña María se ha escandalizado grandemente por una proposición que me ha oído. Todos los días hay gentes que se escandalizan, y otras que temen escandalizar sin fundamento, tan sólo porque ignoran lo que es escándalo: doña María es una de ellas; y así ustedes me permi-

tirán que le explique brevemente lo que es escándalo, por lo que nos pueda importar. Oiga usted, señora.

El escándalo, según los moralistas, se divide en activo y pasivo. Activo es el que uno da con acciones ó palabras que causan ruina espiritual al prójimo, y éste se puede dar, no sólo con acciones malas prohibidas, sino también con buenas y lícitas; por ejemplo, lícito es que yo acaricie á Matilde; pero si lo hago con ósculos y abrazos delante de algunos jóvenes de ambos sexos, ya no es lícito, por el escándalo que puedo dárles, particularmente si ignoran que es mi esposa.

Escándalo pasivo es el que se recibe de las mismas acciones.

El escándalo activo se divide en especial y general. El primero es el que se da con intención de que otro peque y se condene, y éste se llama *pecado de demonios*. El segundo es el que se da sin ese fin determinado, sino sólo por la complacencia que nos resulta de la acción, como el que da á una mujer el que la induce al pecado, no precisamente porque peque y se condene, sino por satisfacer su apetito.

El escándalo pasivo es de tres maneras: farisaico, de párvulos y de frágiles. El primero es aquel escándalo que se recibe, no porque la acción sea en sí mala de modo alguno, sino por la depravada malicia del que la ve, y se escandaliza aún de las cosas buenas, como se escandaliz-

zaban los fariseos de que Jesucristo hiciera milagros en sábado.

El escándalo de párvulos es el que nace de una ignorancia natural, como si uno se escandalizara de ver trabajar en domingo, sin saber la necesidad ni la dispensa con que se hacía.

El escándalo de frágiles es el que se recibe por nuestra humana miseria, que toma ocasión para pecar de cualquier cosa.

En vista de esta doctrina, ya usted entenderá que su escándalo ha sido de párvulos, porque lo ha ocasionado su ignorancia; pero si después que yo explique mi proposición siguiere escandalizándose, ya entonces es su escándalo farisaico, y por lo mismo despreciable.

Yo dije, señores, que no fué obra milagrosa sino muy natural, que esta niña no se matara, cuando siendo pequeñita cayó de un balcón sobre un montón de lana; y á seguida aseguré que ningún santo, ni la misma Reina de los Cielos puede hacer un milagro.

Esta señora no esperó razones, sino que, tapándose las orejas, se salió de casa escandalizada de tamaña herejía. Cuando sólo se oyen medias palabras ó no se entiende el sentido de ellas, es fácil sacar consecuencias criminales de las cosas más inocentes y formar los conceptos más ridículos. Éstas son las ventajas que ofrecen la ignorancia junta con el atolondramiento. La ocurrencia